

REVISTA DEL NOTARIADO
Colegio de Escribanos de la Capital Federal

HOMENAJE A GUILLERMO BROWN EN EL BICENTENARIO DE SU NACIMIENTO

El jueves 15 de diciembre se realizó en la sede del Archivo de Protocolos el acto de homenaje a Guillermo Brown, dispuesto por el Colegio de Escribanos en el bicentenario de su nacimiento.

En el vestíbulo de Alsina 2280, frente a la Plaza 1º de Mayo, donde estuvo emplazado el cementerio en el que descansaron los restos de la esposa del prócer, Elisa Chitty, se colocó un busto de Brown donado por la Armada Argentina juntamente con una placa - y que fue bendecido por su capellán, el padre José Sotelo.

El acto fue presidido por el titular del Colegio, escribano Jorge A. Bollini, a quien acompañaban el vicepresidente, escribano Abel D. Di Próspero; el secretario, escribano Adolfo C. A. Scarano; el prosecretario, escribano Eduardo A. Clariá; el tesorero, escribano José Guglietti, y otros consejeros. Especialmente invitados concurren el contraalmirante Alberto M. Schulte, en representación del Estado Mayor Naval; el Dr. Seán Oihéideáin, embajador de Irlanda; el capitán de navío Edmundo Schaer, director del Personal Superior Naval; el subprefecto Domingo N. Rotondaro, en representación de la Prefectura Naval Argentina; el escribano Manuel José Calise, por la Liga Naval Argentina; el doctor

REVISTA DEL NOTARIADO
Colegio de Escribanos de la Capital Federal

Osvaldo S. Solari, por el Instituto Argentino de Cultura Notarial, así como representantes del Registro de la Propiedad Inmueble. Asistieron además delegaciones de alumnos de la escuela que lleva el nombre del prócer en el partido homónimo y de la escuela Gervasio Antonio Posadas de esta capital.

Para destacar la significación del homenaje habló el escribano Jorge A. Bollini, cuyas palabras se reproducen más abajo.

En el transcurso del acto se depositó una ofrenda floral, se guardó un minuto de silencio y efectivos de la Armada, con trajes de época, formaron guardia de honor.

Discurso del escribano Jorge A. Bollini

El Colegio de Escribanos de la Capital Federal cumple hoy con un deber civil y patriótico, al incorporar a esta sede suya un busto del almirante Guillermo Brown al conmemorarse el bicentenario de su nacimiento. Llenamos uno de los más nobles deberes de la vida social rindiendo homenaje a la memoria de los altos hechos que immortalizan el nombre de nuestros antepasados.

Cuando el sentimiento artístico, innato como el religioso en nuestra alma, se hubo expresado en las formas plásticas de la belleza, la estatua suplantó al mausoleo y nosotros en este momento, recogiendo las bendiciones de la civilización, repetimos lo que Grecia y Roma hacían para perpetuar la memoria de sus héroes y de sus grandes ciudadanos.

Ante el busto, aún no descubierto, de uno de nuestros grandes hombres, repetimos este acto instintivo de nuestra especie, volviendo a lo pasado, trayendo hacia nuestra época y legando a la posteridad el recuerdo en hombres y hechos de nuestro origen como país, que tiene hoy su puesto conquistado y aceptado entre las naciones del mundo.

Aceptando la inmortalidad del alma, la vida en los límites fijados por la naturaleza es pasajera, pero la especie se perpetúa hace casi dos siglos, dejando en su transcurso una corriente de chispas que brillan un momento y pueden según su fijeza y duración convertirse en luminarias, en llama viva, en rayos perpetuos de luz y se irradian de una a otra generación, y constituyen parte de nuestro ser.

Hay pues una inmortalidad humana que se adquiere por el genio, la abnegación o el sacrificio; pudiendo entenderse según la perfección e influencia de aquellas virtudes a un pueblo, a toda la tierra, a un espacio del tiempo, a todos los que le suceden mientras exista la raza humana.

Guillermo Brown, cuya efigie habremos de contemplar, participa para nosotros y en la medida concedida a cada uno, de esas cualidades que hacen al hombre vivir más allá de su época. Hace 120 años que desapareció de la escena y no ha muerto sin embargo.

Muchos son los motivos que justifican este acto, a través del cual aspiramos a recordar un prototipo de prócer de la nacionalidad y a poner el ejemplo de su vida como modelo en las horas que nos toca vivir. La

REVISTA DEL NOTARIADO
Colegio de Escribanos de la Capital Federal

figura del Almirante no se agota en el ejercicio de las armas, y es por eso oportuno destacar los contrastes que caracterizan su existencia, cuya connotación principal y permanente es la del servicio a la patria.

Nacido en Irlanda el 22 de junio de 1777, emigró con sus padres a los Estados Unidos siendo todavía un niño, padeciendo los infortunios de la orfandad al perderlos antes de los diez años. Ingresó en la marina mercante navegando muchos años en las aguas del Atlántico y del mar de las Antillas. Se matriculó capitán antes de 1796, familiarizándose en el empleo de las naves de combate por los relatos de actores de las luchas navales de su tiempo. En 1809, al decir de sus biógrafos, llegó al Río de la Plata y se radicó un tiempo en Montevideo. Es abril de 1810 se hallaba en Buenos Aires como capitán y propietario de la fragata "Jane", que zarpo en junio para Río de Janeiro; por lo tanto, presencié el movimiento de Mayo y se adhirió al mismo, y así lo vieron surcar afanoso las aguas, los puertos y canales de acceso a Buenos Aires, Montevideo, Barragán, la Colonia y Martín García.

Corren tiempos dramáticos. En Buenos Aires son destituidas las autoridades virreinales, y se levantan ejércitos destinados a proteger o ensanchar las fronteras de la patria que surge.

Pero nuestras costas se encuentran totalmente indefensas. Buenos Aires es bloqueada en setiembre de 1810; las fuerzas patrióticas al mando de Azopardo, son derrotadas en el combate de San Nicolás en marzo de 1811; en julio del ese mismo año la escuadra española bombardea Buenos Aires; en agosto es bombardeada Corrientes y nuevamente Buenos Aires, lo que se repite en marzo del año siguiente, 1812, y los ríos son objeto de depredaciones por las fuerzas enemigas, enfrentadas y derrotadas por primera vez en una de sus incursiones, por don José de San Martín, en el combate de San Lorenzo, en febrero del 1813.

Es angustiosa la situación de esa época. En el Norte, los vencedores de Tucumán y Salta han sucumbido en Vilcapugio y Ayohuma. En Chile, la discordia entre los patriotas deja presentir el funesto desenlace de Rancagua. En la Banda Oriental, no se acierta a detener el proceso del avance lusitano. Las costas marítimas y fluviales están totalmente desguarnecidas. Y es en tales momentos que se resuelve concentrar en una sola persona el Poder Ejecutivo de las Provincias Unidas, cargo para el que queda investido el notario don Gervasio Antonio de Posadas.

A pesar de todos los inconvenientes, falta de artilleros, de marinos, de tradición naval, de armamentos y de recursos pecuniarios para afrontar las necesidades que la guerra imponía, Posadas acoge con entusiasmo la idea de formar una escuadra capaz de medirse con la realista. En esa tarea colaboró el secretario de Hacienda, Juan Larrea, encargado de dar impulso a la adquisición y formación de la nueva fuerza, y contó con el apoyo financiero de Guillermo Pío White, comerciante norteamericano.

El 1º de marzo de 1814 fue designado Guillermo Brown jefe de la escuadra con el grado de teniente coronel, funciones que desempeñaba ya sin nombramiento oficial. Brown izó su insignia en la nave "Hércules",

REVISTA DEL NOTARIADO
Colegio de Escribanos de la Capital Federal

impuso a su tripulación una disciplina firme, y la tropa embarcada a sus órdenes colaboró activamente como artilleros o como infantes de marina. Entre ellos figuraban: Martí de Jaumé, Santiago Kearny, Francisco Solano Arias, José María Mora, Francisco Lynch, Luis Perichon, Rosendo Rivero y Miguel del Cerro.

Férreo carácter y renovado arrojo se necesitaban para afrontar el riesgo y Brown demostró tenerlos hasta la temeridad. Pero sobre todo se requería fe. Una fe tan fuerte y firme como para ser transmitida a los hombres que habrían de morir por ella. Prueba de ello es su pensamiento, que hiciera conocer a Larrea sobre la empresa iniciada: "Sin embargo puedo asegurar al país entero, que tome cartas en ella con la firme resolución de vencer y de esa manera poner término a una guerra civil". Y esa fe también la demostró en sus últimos momentos, cuando la hora del tránsito no se teme, porque se tiene conciencia de haber obrado con rectitud. Su amigo y confesor, luego de darle la comunión, le pregunta: "¿Cómo te sientes?" y Brown le contesta: "Seguro de llegar a buen puerto, pues tengo el práctico a bordo".

Otras relevantes cualidades tenía además el nuevo almirante. Al profundo conocimiento de su oficio y de las aguas en que debía combatir, unía un carácter enérgico y templado que le concitó la adhesión de sus hombres. Merced a su denodada acción y a su ejemplo, con ofrenda de la vida, pudo salvarse la patria de tan aciagas horas. San Martín, desde Mendoza, comprendió todo el alcance del dominio de las aguas del Plata y escribió a Tomás Guido: "La victoria naval de Montevideo, es lo más grande que ha realizado la revolución".

Producida la ocupación de Martín García, efectuado el bloqueo naval del puerto de Montevideo y obtenida la rendición de la plaza sitiada, despejado el peligro inmediato, inicia Brown con su corso a lo largo del Pacífico, y regresando a la nueva patria, vuelve a prestar servicios, esta vez en la guerra contra Brasil, donde su genio táctico, su valor y su fe allanan todas las dificultades, descalabra al enemigo y ciñe en sus sienes el laurel de la victoria.

Hombre conocedor de su oficio, planeaba cuidadosamente sus operaciones y era preciso en sus órdenes; su espíritu de lucha y sacrificio lo llevó a ocupar siempre los primeros puestos, dando el ejemplo a sus oficiales y subordinados, a quienes defendió con riesgo de su vida.

No es la biografía del almirante Brown la que he de trazar, para dar más vida al mármol que le ha comunicado el artista. Brown era un hombre muy de su época con una gran superioridad moral. Y esa superioridad moral consistió en una fe inquebrantable en los destinos de su patria de adopción, a la que sirvió sin claudicaciones, todas las veces que fue convocado a hacerlo; exigió el respeto de las jerarquías invariablemente, cualquiera fuere el gobierno, y supo sobre todo ponerse por encima de las discrepancias de la hora, para dar el ejemplo de la unidad de su conducta, signada por una característica invariable, impertérrita e inmovible: el servicio a la patria.

REVISTA DEL NOTARIADO
Colegio de Escribanos de la Capital Federal

Por encima de los honores de la victoria, del afecto del pueblo, de la extraordinaria popularidad de su persona, más allá de las pasiones personales y de las tendencias colectivas, supo encontrar la respuesta para una conducta en el servicio a la patria, en la fe inquebrantable en sus grandes destinos, en su arraigada creencia en Dios, en los principios superiores del quehacer sin ideologías, puestos la mirada y el corazón en la bandera que enarbolará al tope de sus mástiles, y suyo espíritu supo rescatar invicto en las horas amargas de la derrota o de la desgracia para elevarla con renovado ímpetu de fe, en la victoria final.

Muchos de los episodios y avatares de su vida pueden ser motivo de reflexión fructuosa en estas horas que nos toca vivir, pues de ellos emanan una lección y un ejemplo. Grandeza en los propósitos, empeño en el servicio, persistencia en la acción, elevación de miras, pasión por las grandes causas de la patria, fortalecimiento del carácter en los días nefastos, y seguridad de que a la oscura noche ha de seguir el amanecer que despeje nieblas y pensamientos negativos e invite a la acción común en pro de un ideal superior.

Ese es el sentir que comparte el notariado y que lo lleva a honrar su sede, honrando a tan preclaro ejemplo de argentinidad y de virtudes que deseáramos ver desarrollarse en nuestro tiempo, para bien de nuestra patria y de la posteridad.

Está emplazado en este lugar mirando a la plaza 1º de Mayo que tenemos al frente, donde los restos de su esposa Elisa Chitty descansaron, y se perdieron con el traslado del antiguo cementerio existente al de la Chacarita, en 1869.

Con el espíritu expuesto, develamos este basto de un hombre cuya imagen esperamos contribuya a la anhelada paz social, pues supo sobreponerse a las desventuras de la vida y encontrar en el servicio a la patria y al prójimo, el camino a la inmortalidad.